

taña y acaba de pronunciar la encantada frase, que hace que allá abajo todo aparezca tan maravilloso. Si, en alto grado maravilloso nos parece todo, cuando por vez primera miramos desde el Brocken: todas las facetas de nuestro espíritu reciben impresiones nuevas, en su mayor parte diferentes y hasta contradictorias, que se unen en nuestra alma en un sentimiento sublime, pero aun enmarañado, ininteligible. Mas si logramos razonar este sentimiento, entonces reconocemos el carácter de la montaña. Este carácter es completamente alemán, tanto considerado en sus defectos como en sus excelencias.

El Brocken es un alemán. Muéstranos con minuciosidad alemana como en panorama gigantesco, clara y distintamente los muchos centenares de ciudades, villas y aldeas, que en su mayor partese hallan al norte; y alrededor de toda la montaña, bosques, ríos y llanos que se extienden al infinito. Pero, precisamente por esto, tiene todo el aspecto de un mapa particular de angulosas líneas y masas de color fuertemente acusadas, sin que por ninguna parte se regocije la vista ante paisajes propiamente bellos.

Eso mismo nos ocurre siempre á los alemanes, compiladores de concienzuda exactitud, que queriendo referir todo, no podemos pensar en presentar en bella forma cada uno de los detalles. Tiene también la montaña algo de la calma, de la inteligencia y de la tolerancia alemanas; precisamente porque puede mirar las cosas con tal amplitud y claridad. Y cuando semejante montaña abre sus gigantescos ojos, bien puede ver algo más

que nosotros, pigmeos, que con nuestros ojillos miopes vamos trepando por ella. Muchos afirman también que el Brocken es muy pedantesco, y Claudius dice:—«El Blocksberg es un grandísimo pedantón.»— Pero esto es erróneo. Gracias á su cabeza calva, que á veces cubre con blanco gorro de nieve, reviste quizá cierto aspecto de petulancia; pero como en tantos otros grandes alemanes, esto es pura ironía. Es hasta notorio que el Brocken tiene sus chiquilladas de estudiante y sus venas de loco, por ejemplo, en la primera noche de Mayo. Entonces arroja alegremente al aire su gorro de nieblas, y desvaría como los demás de un modo completamente alemán y romántico.

Traté al punto de entablar conversación con la hermosa dama, pues sólo se goza de las bellezas naturales cuando se puede hablar de ellas inmediatamente. No estaba dotada de mucho ingenio, pero sí de notable buen sentido, y de verdadera distinción en sus modales. Mas no se trata aquí de esa distinción vulgar, tiesa y negativa, que sabe al dedillo lo que debe dejarse de hacer, sino de esa otra más rara, natural y positiva, que nos dice aun con más precisión lo que ha de hacerse, dotándonos espontáneamente de la mayor seguridad en nuestros actos. Lucí, con gran asombro mío, vastos conocimientos geográficos; dije á la bella, ansiosa de saber, los nombres de todas las ciudades que ante nosotros se divisaban, las busqué y se las mostré en mi mapa que, con el aire más doctoral del mundo, extendí sobre la mesa de piedra que había en medio del mirador. No pude encontrar en él al-

gunas ciudades, acaso porque las buscaba más bien con los dedos que con los ojos, que se orientaban mientras en el rostro de la linda dama, encontrando en él comarcas más bellas que *Schierke* y *Elend*.

Su rostro era de esos que nunca exaltan y rara vez enajenan, pero que agradan siempre; y yo amo tales semblantes, porque su sonrisa calma la impetuosidad enfermiza de mi corazón (1). La dama no estaba aún casada, pero sí en ese estado de completa florescencia que autoriza demasiado á aspirar á estarlo. No obstante, es un fenómeno que todos los días vemos: el de la mayor dificultad que se ofrece á las más lindas jóvenes en encontrar marido. Ya en la antigüedad, como es notorio, se dió el caso de que las tres Gracias se quedaran solteras.

No pude adivinar en concepto de qué parentesco acompañaba el señor bajito á las damas. Tenía éste una cara delgada, pero notable. Una cabecita, cubierta á trozos por ralos cabellos grises, que bajaban por su deprimida frente hasta sus ojos verdosos como libélulas; su nariz era redonda y muy pronunciada; al contrario, su boca y su barba se deprimían de nuevo en dirección á las orejas. Este rostro parecía hecho de esa arcilla blanda y amarillenta de que se sirven los escultores para sus primeros modelos, y cuando sus delgados labios se contraían, marcábanse sobre sus mejillas millares de delgadas arrugas semicirculares. El hombrecillo no pronunciaba una palabra, y sólo de cuando en cuando, al

(1) Falta lo restante del párrafo en la versión francesa.

hablarle la dama de más edad, algo en voz baja y amistosamente, sonreía como un dogo acatarrado.

La dama de más edad era la madre de la más joven, y tenía también las más escogidas formas. Sus ojos revelaban una profundidad soñadora y enfermiza; en torno de su boca había cierto sello de rigurosa piedad: aun me pareció que un tiempo debió ser muy bella y hubo de haber recibido y devuelto muchos besos. Su rostro parecía un códice palimpsesto, en el que bajo la nueva y negra escritura monacal del texto de un Padre de la Iglesia, se describían los semiextintos versos de un antiguo poeta erótico griego.

Ambas damas habían estado en Italia aquel mismo año con su acompañante, y me contaron toda clase de bellezas de Roma, Florencia y Venecia. La madre me habló mucho de los cuadros de Rafael en la Iglesia de San Pedro; la hija me habló más de la ópera en el teatro *Fenice* (1). Ambas estaban admiradas del arte de los *improvisatori*.

La ciudad natal de las damas era Nürenberg, acerca de cuya antigua magnificencia supieron decirme poco. El grato arte de los *Maestros de canto*, cuyas buenas tradiciones, cuyos últimos acentos recibiéramos, se ha extinguido, y las burguesas de Nürenberg se educan ahora en la improvisación italiana y en el canto de los típles. ¡Oh San Sebald, que pobre patrón eres ahora!

Mientras hablábamos comenzó á obscurecer; el aire

(1) Falta lo restante del párrafo en la versión francesa.

se hizo más frío, el sol se inclinó más y más, y el mirador se llenó de estudiantes, obreros jóvenes y algunos respetables burgueses, juntamente con sus esposas é hijas, pues todos ellos querían ver la puesta del sol. Es un sublime espectáculo que inclina el alma á la oración.

Todos permanecieron más de un cuarto de hora guardando el más solemne silencio, contemplando cómo el hermoso globo de fuego desaparecía poco á poco en el Occidente; ilumináronse los semblantes con los rojos rayos del crepúsculo; las manos se enlazaron involuntariamente; parecía que fuésemos una silenciosa comunidad, que en la nave de Catedral gigantesca viera al sacerdote elevar el cuerpo del Señor y escuchase brotar del órgano las notas del eterno coral de Palestrina.

Estando yo aún sumido en devota contemplación oí que uno exclamaba á mi lado: «¡Qué hermosa es la Naturaleza en general!» Estas palabras partieron del sensible corazón del joven comerciante, mi compañero de cuarto. Merced á esta frase conseguí recobrar mi estado habitual, y al punto me hallé en situación de poder decir muchas lindas cosas á las damas acerca de la puesta del sol, y de conducir las tranquilamente á su cuarto, como si nada hubiera sucedido.

Me permitieron que estuviese conversando con ellas aún más de una hora, y como nuestro planeta, la conversación giró en torno del sol. La madre dijo que el sol, al perderse entre la niebla, le había parecido una rosa purpúrea que el galante cielo arrojaba en el anchuroso y blanco velo de desposada de su amada la Tierra.

La hija sonrió y pensó que la vista frecuente de tales fenómenos naturales debilita la impresión que causan. La madre rectificó este falso pensamiento con un pasaje de las Cartas de viaje de Göthe, y me preguntó si había leído el *Werther*. Creo que hablamos también de los gatos de Angola, de los vasos etruscos, de los chales turcos, de los macarrones y de Lord Byron, de cuyas poesías recitó la dama de más edad algunos trozos relativos á la puesta del sol, seseando y suspirando graciosamente (1).

A la dama más joven, que no entendía una palabra de inglés, le recomendé las traducciones de mi bella y espiritual compatriota, la Baronesa Elisa de Hohenhausen; y con ocasión de ello, no dejé de airarme, como es debido, cuando se habla con jóvenes, contra el ateísmo, dureza de corazón, desesperación, y Dios sabe qué más, de Byron.

(1) Según Strodthmann, este pasaje ha sido alterado por Heine, pues en la 1.^a edición alemana del *Viaje al Hartz*, decía:

«La madre rectificó este falso concepto por medio de un pasaje de las Cartas de Viaje de Göthe, y la conversación recayó sobre las obras de este poeta. Ninguno de mis estéticos colegas se hubiera dejado arrebatar la ocasión que se le presentaba de hablar largo y tendido sobre este asunto; pero no escribo con gusto lo que no es verdad, y realmente no hablamos mucho de Göthe, pues temiendo yo como literato alemán, tomar por mi cuenta el tema favorito, llevé á otro asunto la conversación, y así, vino á recaer en los vasos romanos, en los gatos de Angola, Lord Byron, los macarrones, los chales turcos, etc. La dama de más edad recitó seseando dulcemente una descripción de la puesta del sol de las poesías de Byron.»

Después, me fui todavía á pasear al Brocken, pues nunca en él es completa la obscuridad. La niebla no era densa, y divisaba los contornos de las dos columnas denominadas *altar de las brujas* y *cátedra del diablo*. Disparé mis pistolas, pero no se produjo eco alguno. De pronto oí voces conocidas, y me sentí abrazar y besar. Eran mis paisanos que habían dejado á Göttinga cuatro días después, y que estaban muy admirados de volverme á encontrar completamente solo en la cima del Blocksberg. Allí hubo narraciones, asombros, proyectos, risas y recuerdos, y nos volvimos con la imaginación á nuestra sabia Siberia (1), donde la cultura es tal que los osos están atados en las posadas y las cibelinas dan las buenas tardes al cazador.

*
*
*

En la sala común estaba dispuesta la cena. Veíase una larga mesa con dos filas de estudiantes hambrientos. Al principio, según costumbre universitaria, sólo se habló de duelos, y duelos y más duelos; mas como la mayor parte de los allí reunidos eran de Halle, llegó á ser esta ciudad el asunto capital de la conversación. Los vidrios de las ventanas del consejero áulico Schütz fueron anotados exegeticamente; después se refirió que en la última recepción del rey de Chipre, había éste elegido á un hijo natural, que quería contraer matrimonio

(1) En vez de Göttinga, con cuya palabra termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

por detrás de la Iglesia con una princesa de Lichtenstein (1), que había despedido á su dama oficial, y que todo el Ministerio conmovido, previa prescripción, había llorado. No es necesario decir que todo esto se refiere á dignidades de cervecería de Halle.

Después pusieron sobre el tapete la cuestión de los dos chinos que hace dos años se hicieron ver en Berlín, y que ahora han sido nombrados profesores extraordinarios de estética china en Halle. Y aquí comenzaron las jocosidades. Afirmóse el caso de un alemán que en China se dejó ver por dinero, y á este fin se le redactó un anuncio-reclamo en que los mandarines Chin-Chang-Chung é Hi-Ha-Ho manifestaban que á su parecer era un verdadero alemán, en el que además se enumeraban sus habilidades, consistiendo las principales en filosofar, fumar tabaco y tener paciencia, y, por último, se advertía, que á las doce, hora en que el alemán tomaba su alimento, no se debía llevar consigo perro alguno, porque éstos solían arrebatarse al pobre tudesco su mejor bocado.

Un joven individuo de la *Juventud escolar* (2), que

(1) *Piedra de luz* (fosforita).

(2) La *Burschenschaft*, sociedad de estudiantes que tendía á borrar el regionalismo fomentado por la *Landmannschaft* ó *Sociedad de los paisanos*, en que los estudiantes alemanes se agrupaban por regiones, haciendo vida común con arreglo á un código que regulaba la elección de jefes, duelos, etc; era análogo en la forma, aunque opuesta en la tendencia. La primer *Burschenschaft* se fundó en Jena en 1815 por estudiantes que habían hecho la guerra de la Independencia, extendiéndose después á Halle, Heidelberg, Berlín, etc., llegando á reunirse en 1818 las

acababa de ir á purificarse á Berlín, habló mucho de esta ciudad, pero sólo desde un punto de vista. Había concurrido á Wisotzki (1) y al Teatro (2), y á ambos los juzgaba erróneamente. «La juventud pronto está dispuesta á hablar.....» (3). Habló de gastos de guardarropa, y de escándalos de actores y actrices. No sabía el joven que siendo lo principal en Berlín la apariencia de las cosas, como lo da á entender bastante la frase vulgar: «*así se llena uno*» (4); esta apariencia debe florecer ante todo en las tablas, y de aquí que la Intendencia tenga que cuidar principalmente del «color de la barba con que se representa un papel», y de la fidelidad del traje, que es dibujado por historiógrafos juramentados y cosido por sabios y distinguidos sastres.

Y esto es de toda necesidad. Pues si María Stuart lleva por acaso una delantera perteneciente á la época de la reina Ana, en seguida el banquero Christian Gumpel se quejará de que esto le ha quitado la ilusión; y si Lord Burleigh se pone por equivocación la trusa de Enrique IV, estoy cierto de que el consejero de guerra

de 14 ciudades bajo una sola constitución. Pero si bien trabajaban en pro de la gran unidad nacional, hoy realizada en Alemania, se convirtieron al cabo en asociaciones políticas, habiendo llegado á tenerse que proceder judicialmente contra las conspiraciones demagógicas de algunas de ellas.

(1) Versión francesa: *el figón de Wisotzki*.

(2) Idem, *el Teatro Real*.

(3) Idem, *dice Schiller*.

(4) «*Man so duhn*» (*duhn* quizá de *dehnen*, hincharse, de donde proviene el adjetivo popular *dun*, repleto, hinchado).

Steinzopf (1), natural de Lilienthau (2), no apartará de su vista en toda la noche semejante anacronismo.

Semejante cuidado por mantener la ilusión, á cargo de la Intendencia general, no se limita sólo á guarda-infantes y trusas, sino que también alcanza á las personas que con ellas se cubren. Así es que, en lo futuro, el *Othelo* será desempañado por un verdadero negro, que el profesor Lichtenstein habrá escriturado *ad hoc* en África; en *Misanthropía y arrepentimiento* (3), *Eulalia* será representada por una mujer realmente perdida; *Pedro* por un tonto de capirote, y el *desconocido* por un verdadero marido burlado, tres personajes que no se necesitará encargar al África (4). En el *Poder de las conveniencias* (5), deberá desempeñar el papel del protagonista un escritor auténtico, que haya recibido un par de bofetadas; en la *Abuela* (6), el artista que haga de Jaromir (7), debe haber robado alguna vez, ó por lo menos hurtado; la *Lady Macbeth* (8), será desempeñada por una dama, que, según el deseo de Tieck (9), tenga una amable naturaleza, pero que, por otra parte, ofrezca en cierto modo el as-

(1) *Coleta de piedra*.

(2) *Lirio escarchado*.

(3) *Menschenhass und Reue*; drama de Kotzebue.

(4) En la v. fr. falta el resto del párrafo.

(5) *Die Macht der Verhältnisse*; drama de L. Robert.

(6) *Die Ahnfrau*; drama de Grillparzer.

(7) La J alemana suena como nuestra Y ante vocal. Léase, pues, *Varomir*.

(8) Léase: *Lédy Máchez*.

(9) Traductor alemán del *Macbeth* de Shakespeare.

pecto sangriento de un asesino; y, finalmente, para representar con especialidad ciertos tipos ligeros, necios, vulgares, hay que contratar á los reptiles, á la *turba multa*, que siempre entusiasma á sus colegas sin meollo, pues ella sabe elevarse á su verdadera grandeza, ¡alto, alto, á pulgada por harapo!

Si el susodicho joven había comprendido mal el conjunto del teatro de Berlín, notó mucho menos todavía que la ópera de genizaros de Spontini con sus címbalos, elefantes, trompetas y tantanes, es un medio heroico para fortalecer á nuestro guerrero pueblo adormecido, un medio que ya habían recomendado hombres de Estado tan astutos como Platón y Cicerón. Pero lo que menos comprendía el joven era la importancia diplomática del baile. Trabajo me costó probarle que hay más política en los pies de Hoguet (1) que en la cabeza de Buchholz; cómo todas sus piruetas significan negociaciones diplomáticas; cómo cada uno de sus movimientos tiene una significación política.

Así, por ejemplo: qué piensa en nuestro Gabinete, cuando se inclina lleno de impaciencia, con las manos todo lo más extendidas posible; qué piensa en la Dieta federal, cuando gira cien veces sobre el mismo pie, sin moverse de un sitio; qué se acuerda de los pincipillos cuando salta en todas direcciones, á pies juntillas, como si los tuviera atados; qué designa el equilibrio europeo cuando vacila de un lado á otro como si estuviera

(1) *Hoguet-Vestris*, según la versión francesa.

ébrio; qué significa un Congreso cuando devana sus encorvados brazos á manera de ovillo; y por fin, qué piensa nuestro grandísimo amigo del Este, cuando irguiéndose cada vez más, permanece largo tiempo tranquilo en esta posición, y de pronto rompe en terribles saltos.

Disipóse la niebla que cubría (1) los ojos del joven, y entonces advirtió por qué se honra más á los bailarines que á los grandes poetas; por qué el baile es un inagotable asunto de conversación para el Cuerpo diplomático, y por qué con frecuencia es sostenida particularmente una bella bailarina por un ministro, á quien noche y día procura hacer comprender su sistema político. ¡Por vida de Apis; cuán grande es el número de los visitantes exotéricos del teatro y qué pequeño el de los esotéricos! Allí está la miope muchedumbre, con la boca abierta, admirando saltos y giros, estudiando anatomía en las actitudes de la Lemiére, aplaudiendo las cabriolas de la Röhnisch, y charlando de gracia, armonía y riñones....; pero ninguno repara en que en estas cifras de baile tiene ante sus ojos la suerte de la patria.

Al mismo tiempo que se cruzaban tales conversaciones, no se perdía de vista lo útil y se departía con ahinco con los grandes platos honradamente llenos de carne, patatas, etc. No obstante, la comida era mala. Se lo indiqué por lo bajo á mi vecino, quien me contestó con un acento en que reconocí al suizo, y bastante descortesmente, que á nosotros los alemanes nos era tan des-

(1) A la letra: *quitáronse las telarañas que cubrían*.

conocida la verdadera libertad como la templanza republicana. Encogime de hombros y le hice notar que, en todas partes, los verdaderos lacayos de los príncipes y los pasteleros son suizos; que generalmente reciben esta denominación (1); y que, sobre todo, los actuales héroes de la libertad suiza, que de tanta audacia política se jactan en público, siempre me han hecho el efecto de las liebres, pues si se disparan unas pistolas en pleno día, en medio de la plaza, con toda su intrepidez, se sobrecogen muchachos y campesinos, y recurren á talones.

El hijo de los Alpes no era, de seguro, mal intencionado: «era un hombre grueso, y por consiguiente un buen hombre», como dice Cervantes. Pero mi vecino del otro lado, que era de Greifswald (2) se picó mucho al oír la observación; afirmó que no se habían extinguido la energía y la sencillez alemana, golpeándose violentamente el pecho, y vaciando una enorme vasija de cerveza blanca.—«¡Vamos, vamos!» decía el suízo. Y cuanto más tranquilizadamente lo repetía, más se exaltaba el prusiano.

Era éste un hombre de aquellos tiempos en que ciertos parásitos se daban buenos días, y en que los peluqueros estaban temiendo morir de hambre. Usaba una larga y colgante cabellera, un birrete caballeresco, un traje negro á la antigua alemana, una camisa sucia, que des-

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

(2) *Prusiano de Greifswald*, en la versión francesa.

empeñaba al mismo tiempo el oficio de chaleco, y debajo llevaba un medallón con una madejita de cerdas del caballo blanco de Blücher (1). Era, en fin, un tonto de tamaño natural. Como me gusta la animación en la cena, me dejé enredar por él en una conversación patriótica. Era él de opinión de que Alemania debía ser dividida en treinta y tres comarcas; yo afirmé á mi vez que debía serlo en cuarenta y ocho, porque entónces podría escribirse un manual más sistemático acerca de su geografía, y era necesario poner de acuerdo la vida con la ciencia.

Mi buen prusiano de Greifswald era también un bardo germánico, y según me dijo en confianza, trabajaba en la composición de un poema heroico nacional en loor de Hermann (2) y de la batalla de su nombre (3), y, respecto á la factura de esta epopeya, le di algunos consejos provechosos. Le hice notar que podía, mediante la onomatopeya, dar idea de los pantanos y ásperas veredas del bosque de Teutoburgo, valiéndose de versos flojos y escabrosos, y que hasta sería patriótica delicadeza, que tanto á Varo como á los demás romanos no les hiciese decir más que necedades. Espero que este torturador del

(1) Gerhard Lebrecht de Blücher, príncipe de Wahlstatt, feld-mariscal de los ejércitos de Prusia, célebre en todas las campañas contra Napoleón, valiente, pero cruel é inferior á su siglo, considerado por los franceses como otro Atila.

(2) El *Arminius* de los romanos.

(3) Llamada también batalla de Teutoburgo (fortaleza de Dios (*Teut*), de donde procede la denominación de *Teutones* que antes se les daba, y la de *Deutsch* que hoy se dan los alemanes).

arte habrá logrado como los demás poetas berlineses, producir la ilusión más completa imaginable.

Iban creciendo en nuestra mesa la familiaridad y la gritería; el vino substituyó á la cerveza, humearon los *bols* de ponche; se bebió, se brindó y se cantó. Resonaron el antiguo *Padre de la patria* (1), las magníficas canciones de W. Müller, Rückert, Uhland y otros; las bellas melodias de Methfessel. Pero lo que más sublimemente resonó fué la frase de nuestro Arndt: «¡El Dios que el hierro hizo brotar, no quiso hubiera esclavos!» Repitieron fuera los gritos, como si la vieja montaña uniera su voz á la nuestra, y, algunos de los más alcoholizados comensales, hasta llegaron á afirmar que había sacudido alegremente su cabeza calva, y que por eso nuestra sala había oscilado.

Vaciaronse las botellas y llenáronse las cabezas: uno imitaba relinchos, otro sonidos de flauta, un tercero declamaba un pasaje de *La Culpa* (2), un cuarto hablaba latín, un quinto predicaba sobre la templanza, y un sexto trepando sobre una silla, explicó: — «Señores: La tierra es un cilindro, los hombres puntitas metálicas sobre él esparcidas, al parecer al acaso; pero gira el cilindro, las puntitas son puestas en vibración, y suenan, unas con frecuencia, otras raras veces, y esto produce una admirable y complicada música, que se llama la Historia universal. Hablaremos en primer lugar de la música, des-

(1) Canto de los estudiantes.

(2) *Die Schuld*, drama de Müllner.

pués del universo, y finalmente de la Historia. Ah, á esta última la dividiremos en: historia positiva y cantáridas....» Y continuó así ensartando agudezas y disparates.

Un sentimental Mecklenburgués que tenía metida la nariz en su vaso de ponche, y aspiraba sus vapores sonriendo como un bienaventurado, hizo la observación de que estaba allí tan divertido como si se hallase en el *ambigú* del teatro de Schwerin. Otro tenía su vaso de vino ante los ojos, á guisa de catalejo, y parecía mirarnos con él atentamente, mientras que el vino tinto le caía desde las mejillas en su enorme boca abierta. El de Greifswald precipitóse sobre mi pecho exclamando, con repentina exaltación: — «¡Oh! ¿me comprendes? ¡Soy un enamorado; soy un hombre feliz! ¡Soy correspondido, y, Dios me confunda, si ella no es una joven distinguida, pues tiene un seno turgente, viste de blanco y toca el piano! En cuanto al suizo, lloraba, y besando mis manos tiernamente, gemía sin cesar: — «¡Oh, Babeli! ¡Oh, Babeli!» (1).

En aquel confuso movimiento, en que los platos aprendían á bailar y los vasos á volar, vi sentados frente á mí dos jóvenes, hermosos y pálidos como estatuas de mármol: el uno se parecía á Adonis y el otro á Apolo. Apenas se les notaba el leve matiz rosado que arrojara

(1) ¡Oh niño, oh niño Babeli! forma suiza por *Babel*; inglés *baby* y francés *bebé*; del alemán *babeln*; inglés *babble*; francés *babiller*; balbucear.

el vino sobre sus mejillas. Mirábanse con infinito cariño, como si el uno pudiera leer en los ojos del otro, y los de ambos irradiaban, como si en ellos hubieran caído algunas gotas de luz de esa copa llena de ardiente amor que un piadoso ángel transporta allá arriba de una á otra estrella.

Hablaban bajo y con voz temblorosa y melancólica; eran historias tristes las que en tono de extraño dolor se transmitían.—«¡Lora ha muerto!»—dijo el uno, suspiró, y después de una pausa, refirió que una joven de Halle (1), enamorada de un estudiante, cuando éste abandonó la ciudad, no quería hablar á persona alguna, comía poco, y lloraba día y noche, contemplando siempre el canario que su amado le regalara.—«El pájaro murió, y poco después también murió Lora!»

Así acabó la narración, y los dos jóvenes callaron de nuevo y suspiraron, como si el corazón quisiera saltarseles del pecho. Por fin dijo el uno:

—¡Mi alma está triste! ¡Ven conmigo fuera, busquemos la obscura noche! Quiero respirar el hálito de las nubes y los rayos de la luna. ¡Compañero de mi dolor, yo te quiero; tus palabras suenan como el murmullo de las cañas, como el resbalar de una corriente; hallan eco en mi pecho, pero mi alma está triste.»

Levantáronse los dos jovencillos, el uno pasó el brazo alrededor del cuello del otro, y abandonaron la estruendosa habitación. Seguiles de cerca, y ví que entraron en

(1) Pronúnciese: *Jal-le*.

un oscuro cuarto, y el uno, en vez de ventana, abrió un gran armario ropero, ante el cual quedaron ambos con los brazos extendidos melancólicamente:

—«¡Oh vientos de la obscura noche—dijo el primero—qué agradablemente refrescáis mis mejillas! ¡Qué cariñosamente jugáis con mi flotante cabellera! ¡Estoy en la anubarrada cumbre de la montaña; abajo yacen las ciudades de los hombres y resplandecen las azules aguas! ¡Escucha, allá abajo, en el valle, suenan los abetos! ¡Allá sobre la colina pasan en forma de nieblas los espíritus de nuestros padres! ¡Oh, si pudiera yo galopar con vosotros sobre corcel de nubes á través de la tempestuosa noche y sobre el rugiente mar, hasta los mismos astros! Pero, ¡ah! ¡el dolor me agobia, y mi alma está triste!»

El otro jovencillo tenía igualmente los brazos extendidos sentimentalmente hacia el armario ropero, las lágrimas se precipitaban de sus ojos, y dirigiéndose á unos calzones de cuero amarillo, que tomaba por la luna, les dijo con voz melancólica:

—«¡Bella eres, hija del cielo! ¡Bienhechor el aspecto de tu tranquilo rostro! ¡Te adelantas cariñosa! ¡Los astros siguen tu azulada senda hacia el oriente! ¡A tu vista regocíjense las nubes y se aclaran sus rostros sombríos! ¡Quién se parece á tí en el cielo, oh hija de la noche? ¡Avergüénzanse ante tí las estrellas y desvían sus verdes y centellantes ojos. Cuando por la mañana palidece tu faz, ¿á dónde huyes abandonando tu ruta? ¿Tienes como yo tu palacio? ¿Vives á la sombra del dolor? ¿Han

caído del cielo tus hermanas? Ellas, que alegremente atravesaban contigo la noche, ¿dó están ya? ¡Sí, se precipitaron, oh bella luz, y tú te ocultas con frecuencia para llorarlas! ¡Mas al cabo llegará la noche, y tú también pasarás, y habrás abandonado allá arriba tu azulada senda! ¡Entonces alzarán los astros sus verdes cabezas, que antes inclinaron vergonzosas ante tí, y se regocijarán! Pero ahora, vestida estás con tu radiante pompa, y miras hacia abajo desde las puertas del cielo. ¡Rasgad, oh vientos, las nubes, que la hija de la noche pueda surgir luciente, abrillantar la montaña cubierta de maleza, y hacer que el mar agite á su luz sus espumantes olas!»

Un buen amigo mío, nada flaco por cierto, que había bebido más que comido, aunque esta noche, como de costumbre, se engullera una ración de carne de vaca capaz de hartar á seis tenientes de guardias y á un inocente muchacho, se puso de excelente humor, esto es, como un zaque, y entrando precipitadamente empujó á los dos elegiacos amigos con alguna rudeza al interior del armario; fué de rechazo á dar contra la puerta de la casa, y promovió un horrible estruendo.

El ruido de la sala era cada vez más confuso y sordo. Los dos jovencillos lanzaban ayes y gemidos en el armario, creyendo que yacían destrozados al pie de la montaña; aligerábanse del noble licor que les llegaba al cuello, inundándose recíprocamente, y uno á otro se decían:

—«¡Adiós! Siento que me desangro.—Aura prima-

veral, ¿por qué me despiertas? Tú me acaricias y dices: Yo te rociaré con celestiales perlas. ¡Pero se acerca el instante de mi muerte, se acerca la tormenta que ha de precipitar al suelo mi follaje! ¡Mañana llegará el viajero, llegará el que me viera radiante de hermosura; me buscarán sus ojos, escudriñando el campo en todas direcciones, y no me encontrarán!»

Pero todo fué dominado por la bien conocida voz de bajo de mi amigo, que afuera, delante de la puerta, entre juramentos y blasfemias se quejaba de que en toda la obscura calle de Weend no ardía un solo farol, y no se podía ver en qué casa habían roto los cristales de una ventana.

Yo puedo beber mucho—la modestia no me permite fijar el número de botellas—así que me hallaba en bastante regulares condiciones cuando me retiré á mi cuarto. El joven comerciante estaba ya en la cama, provisto de su gorro de dormir, de un color blanco grisáceo, y de su saludable traje de franela amarilla. No dormía aún, y procuró emprender conversación conmigo. Era de Francfort del Mein, y, por consiguiente, habló al punto de los judíos, que han perdido todo sentimiento de lo bello y de lo noble, y venden los géneros ingleses con un veinticinco por ciento de rebaja de su precio de fábrica (1). Me entraron deseos de darle un chasco, y, á este fin, le dije que era sonámbulo, y le rogaba desde luego me dispensase si acaso llegaba á interrumpir su sueño. El

(1) En la versión francesa falta todo este punto.

pobre hombre, según me confesó al día siguiente, no pudo dormir en toda la noche, por impedirsele el temor de que fuera á causar una desgracia con las pistolas que tenía á mi alcance. En verdad que yo no lo había pasado mucho mejor que él, pues había dormido muy mal.

Asaltáronme sueños angustiosos y desoladores (1); hasta soñé en una partitura de piano sobre el *Infierno* del Dante. Por fin soñé también que presenciaba la representación de una ópera jurídica titulada *la Falcidia*, libreto de Gaus, fundado en las leyes de sucesión, y música de Spontini. Fué un sueño extravagante.

Brillaba el *forum* romano en todo su esplendor; Servio Asinio Göscheno (2) ocupaba su silla, en calidad de pretor, y dejando caer su toga en soberbios pliegues, entreteníase entonando un estrepitoso recitativo; Marco Julio Elverso, hacia de *prima donna legataria*; y luciendo todos sus femeniles encantos entonaba el aria de *bravura*, con sus toques amorosos, *quicumque civis romanus*; refrendarios, embadurnados con polvo de ladrillo, bramaban haciendo de coro de menores; profesores extraordinarios, vestidos de genios, con mallas de color de carne, bailaban una composición coreográfica antejustiniana y coronaban de flores las *doce tablas*; entre truenos y relámpagos elevábase de la tierra el maltra-

(1) Falta en la versión francesa desde aquí hasta el fin del párrafo.

(2) Nombre también intencionado: *siervo ó servil asno de gran boca*, pues *Gosche* y su sinónimo *Maul*, significan *boca de animal*.

tado espíritu de la romana legislación; y después sacabuches, tantanes, y lluvia de fuego *cum omni causa*.

Sacóme de este estrépito el hostelero del Brocken, que me despertaba para que fuera á presenciar la salida del sol. En el mirador encontré á algunos que esperaban, frotándose las ateridas manos, á otros que subían tambaleándose, con los ojos todavía soñolientos; en fin, estaba reunida otra vez la silenciosa comunidad de la tarde anterior; mirábamos con recogimiento, cómo iba elevándose en el horizonte el pequeño globo de un rojo carmíneo, esparciendo esa luz propia del crepúsculo de invierno; cómo nadaban las montañas en un mar de blancas nieblas, dejando ver solamente las cumbres, de manera que le parecía á uno hallarse sobre una pequeña colina, en medio de una llanura inundada, de la que apenas quedaban en seco acá y allá algunos terrenos. Con objeto de fijar el espectáculo y la impresión que producía, por medio de palabras, bosquejé la siguiente poesía:

Ya va aclarando el Oriente
Del sol diminuta brasa,
Y allá á lo lejos las cumbres
En mares de nieblas nadan.

De siete leguas las botas
Tuviese, y raudo ganara
Aquella cumbre, y corriera
Al dulce hogar de mi amada.

Del lindo lecho en que duerme,
Alzando leve las gasas,
Su frente cauto, y su boca
De rojos rubis besara.

De blanco lirio á su oído
Dijérale en voz muy baja:
—¡Pensando en nuestro amor sueña,
Que nada á borrarle alcanza!

Entretanto, era también grande el anhelante deseo que me arrastraba en pos del desayuno, y no bien dirigí algunas frases corteses á las damas, bajé apresuradamente al abrigado cuarto á tomar café. Bien lo necesitaba, pues mi estómago parecía estar tan vacío como la iglesia de San Esteban de Goslar. Pero gracias al arábigo brebaje recorrió todos mis miembros el cálido Oriente, sus rosas me envolvieron en su perfume, resonó el dulce canto del *bülbül*, los estudiantes se transmutaron en camellos, las mozas del Brocken, con sus miradas á la *congreve*, trocáronse en huries, las narices de los filisteos en minaretes, etc.

El libro que tenía á mi alcance no era el Corán ni mucho menos, aunque es verdad que encerraba bastantes tonterías. Era el llamado *libro del Brocken*, en el cual inscribían sus nombres todos los viajeros que subían á la montaña, á veces un pensamiento, y en defecto de éste,

sus impresiones. Muchos se expresaban también en verso. En este libro se veía qué horrores pasan cuando la *turba multa* de los filisteos se ha propuesto, en las ocasiones de rigor, como la de hallarse en la cumbre del Brocken, echárselas de poeta.

El palacio de la princesa de Pallagonia no contiene tan grandes insulseces como este libro, en que brillan especialmente los señores recaudadores de derechos de entrada con sus altos sentimientos enmohecidos, el aprendiz de comercio con los poéticos desahogos de su pecho, los *dilettanti* de la revolución en sentido teutómano con sus gimnásticos lugares comunes, los maestros de escuela de Berlín con sus desventuradas frases de arrobamiento, etc. El Sr. Juan Hagel (1) quiere también mostrarse literado y describe la majestuosa pompa de la salida del sol; más allá se clama contra el mal tiempo, se habla de ilusiones engañosas, de la niebla que vela todas las vistas.—«¡Llegué arriba nebuloso y descendí anubarrado!»—Esta es una gracia constante que se copian unos á otros centenares de veces. Una Carolina escribe, que á su ascenso á la montaña llegó con los pies mojados. Un inocente Juanito toma á pechos dicha queja, y escribe lacónicamente: «También yo llegué con la cara mojada.» En fin, huele por todas partes el libro á queso, á cerveza y á tabaco; se cree uno estar leyendo una novela de Clauren.

(1) J. Pedrisco.—En la versión francesa traduce Heine este apellido por *Pepin*, pepita, semilla, etc.

Aun estaba, como digo, tomando café y hojeando el álbum del Brocken, cuando entró el suizo con las mejillas muy arrebatadas, y lleno de entusiasmo refirió el sublime espectáculo de que disfrutara en la torre-mirador, cuando la tranquila luz del sol, símbolo de la verdad, luchaba con las masas de nocturnas nieblas; pues á él le había parecido ver en ello un combate, en que coléricos gigantes desnudaban sus largas espadas; caballeros cubiertos con su arnés, que montaban impetuosos corceles; carros de guerra, banderas flotantes, extraños animales fabulosos surgiendo del más horrible caos; hasta que por fin todo aquello, girando en las más frenéticas contorsiones, había ido palideciendo poco á poco, hasta desaparecer por completo.

Yo me había perdido el presenciar este fenómeno demagógico-natural, y si bien se examina el caso, puedo asegurar que nada percibí, fuera del sabor del buen café tostado. ¡Ah! éste tuvo también la culpa de que me olvidara de mi hermosa joven, que en este momento aparecía en la puerta con su madre y su caballero, en actitud de subir al carruaje. Apenas tuve tiempo de acercarme y asegurarles que hacía frío. Ellas parecían disgustadas por que no hubiera acudido antes; mas pronto borré las malhumorados pliegues de su bella frente, regalándole una admirable flor, que el día antes había cogido en el escarpado flanco de una roca con peligro de desnucarme. La madre quiso saber el nombre de la flor, como si encontrara inconveniente el que su hija prendiera en su seno una flor desconocida; pues, en efecto, la flor

obtuvo esta envidiable distinción, en que seguramente el día antes no podía soñar en su solitaria eminencia. El silencioso acompañante abrió en este momento la boca, contó los estambres de la flor y dijo con la mayor sequedad:—«Pertenece á la octava clase».

Me incomodo cuando veo que también á las flores amadas por Dios se las ha dividido lo mismo que á nosotros en castas, y con arreglo á exterioridades análogas, como la diferencia de estambres. Si es preciso una clasificación, sígase la propuesta por Teofrasto que quería clasificar las flores por su espíritu, esto es, según su aroma. Por mi parte, tengo en historia natural mi sistema propio, y según él, lo divido todo, en comestibles y no comestibles.

No obstante que, para la dama de más edad, la misteriosa naturaleza de las flores era poco menos que arca cerrada, manifestó espontáneamente que le gustaban mucho las flores cuando crecen en el jardín ó en el tiesto, y que, al contrario, estremecía su pecho un penoso sentimiento de dolorosa angustia al ver una flor cortada, porque era en dicho estado un verdadero cadáver, y así tronchado el tierno cadáver de flor, dejaba caer tristemente su cabecita mustia como un niño muerto. Y la dama quedó casi aterrada ante el recuerdo triste que despertó en ella su propia frase, viéndome obligado á combatir su impresión con algunos versos de Voltaire.

¡De qué modo un par de palabras francesas bastan para devolvernos al punto el buen humor!

Hubo risas, besamanos, sonrisas afectuosas, relincha-

ron los caballos, y el carruaje arrancó y empezó su descenso, traqueteando lenta y pesadamente.

También los estudiantes hacían sus preparativos de viaje, cerraban sus sacos, pagaban las cuentas, que, contra lo que podía esperarse, no parecieron excesivas; las generosas muchachas de la casa, en cuyos rostros aparecían las huellas de dichosos amores, ayudaban á todos, según costumbre, á asegurar en las gorras los ramitos del Brocken, siendo recompensadas con algunos besos ó algunos *groschen* (1). Todos emprendimos el descenso, dirigiéndonos unos, como el suizo y el de Greifswald, hacia Schierke, y otros, cerca de unos veinte, entre ellos mis paisanos y yo, conducidos por un guía, hacia Ilsenburg, pasando por los llamados *Schneelöcher* (2).

*
* *
*

Bajamos precipitadamente, como quien dice, de coronilla. Los estudiantes de Halle marchan más de prisa que la *Landwehr* (3) austriaca. Antes que reparara en ello, ya habíamos dejado atrás la parte desnuda de la montaña, con sus dispersos grupos de rocas, y entrábamos en un bosque de abetos, como el que viera yo el día antes. Derramaba el sol sus más alegres rayos, é iluminaba á los regocijados estudiantes pintorescamente ves-

(1) Moneda de unos 12 céntimos.

(2) *Agujeros de nieve.*

(3) Literal: *defensa del país*: milicia así denominada.

tidos, que se internaban aturdidamente por la espesura, desapareciendo por un lado para volver á aparecer por otro, corriendo por cima de los troncos atravesados sobre sitios pantanosos, deslizándose por abruptas pendientes, asidos á las raíces trepadoras, cantando á todo pulmón alegres canciones, que recibían pronta y tan alegre respuesta de parte de los gorjeadores pájaros del bosque, de los rumorosos abetos, de las invisibles y murmuradoras fuentes y de los resonantes ecos. Cuando la alegre juventud y la bella Naturaleza se reúnen, regocijense mutuamente.

Cuanto más bajábamos, tanto más deliciosamente sonaban las aguas subterráneas; sólo acá y allá, bajo peñas y malezas, brillaban y parecían acechar cautelosamente, como si fueran á atreverse á salir á luz, y por fin llegaba á brotar una decidida y pequeña onda. Succedía entonces lo que ocurre ordinariamente; el más atrevido comienza, y la gran muchedumbre de los medrosos se ve de repente, y con asombro propio, reanimada, y corre á unirse al primero. Otras muchas fuentes saltaban ya apresuradamente de sus escondrijos, reuníanse á las que ántes brotaran y, juntas, formaban al fin, un ya considerable arroyuelo, que descendía al valle haciendo innumerables cascadas y admirables ondulaciones.

Este es el Ilse, el amable y dulce Ilse, que corre á través del valle feraz de su nombre, á cuyos dos lados elévanse insensiblemente las montañas, cubiertas, en gran parte desde su pie, de hayas, encinas y frondosos

arbustos, aunque no de abetos y otros árboles de hojas aciculares; pues estas especies crecen predominantemente en el *Harz inferior*, como se denomina á la vertiente oriental del Brocken, en oposición á la occidental del mismo, llamada *Harz superior*, que realmente es mucho más alta, y, por tanto, más apropiada para el desarrollo de las coníferas.

Es indescriptible el regocijo, la sencillez y la gracia con que se precipita el Ilse sobre los fragmentos de roca extrañamente configurados que en su curso encuentra, ya silbando aquí el agua de un modo salvaje, ó corriendo espumosa, ya brotando allá por todo género de grietas, como por una regadera, derramándose en arcos puros, volviendo á saltar más abajo sobre las piedrecillas como una inquieta muchacha. Sí, la tradición es cierta, el Ilse es una princesa que descende de la montaña riente y espléndida (1). ¡Cómo brilla á la luz del sol su blanca veste de espuma! ¡Cómo flotan al viento las argentadas cintas de su seno! ¡Cómo centellean y relampaguean sus diamantes!

Las altas hayas se yergen á su lado como serios papás que observan, riendo furtivamente, las travesuras de la querida niña; los álamos blancos se balancean como placenteras tías, que á veces se aterran á vista de peligrosos saltos; la orgullosa encina lo mira como el malhumorado tío que ha de pagar las resultas de la diversión;

(1) Como *rio* es palabra femenina en alemán, la tradición le personifica en una mujer.

los pajarillos en el aire aplauden alegres y las flores murmuran tiernamente en la orilla: ¡Llévanos, llévanos contigo, querida hermanita!

Pero la alegre joven sigue saltando sin descanso, y, de pronto, se apodera del poeta soñador, y se precipita sobre mí una lluvia de flores, de rayos sonoros y de sonidos radiantes; mi razón se extravía ante tanta magnificencia, y oigo ya sólo una dulce voz aflautada que dice:

Yo soy la princesa Ilse,
Que en Isenstein (1) habito,
Felices ambos seremos,
Conmigo ven al castillo.

Rociar sabré tu cabeza
Con olas de claro líquido:
¡Yo haré tu dolor olvides,
Tus cuitas, mi triste amigo!

En mis blanquísimos brazos
Y sobre mi seno nítido,
Reposo habrás, mientras sueñes
Las dichas del cuento antiguo.

Daréte besos y abrazos,
Cual diéralos, con delirio,

(1) Pronúnciese «*Isenstein*» = *roca de Ilse*.

Á Enrique, imperial monarca
Que hoy yace en sepulcro frío.

Los muertos muertos se quedan
Y sólo viven los vivos,
Y yo soy bella y lozana
Y el gozo en el pecho abrigo.

Mi pecho late, allá bajo,
Mi alcázar ve cristalino (1),
Do hidalgos, damas y pajes
Danzando van en mil giros.

Las faldas de seda crujen,
De espuelas suena el chirrido,
Violín, timbal, trompa y corno
Tocando están enanitos.

Te estrecharé entre mis brazos
Que á Enrique hubieron cautivo;
Á quien, al son de la trompa
Supe cerrar los oídos.

(1) En el *Libro de los cantares* (tomo xv de las obras de Heine) aparece esta poesía y las precedentes, formando una especie de poema, bajo el título: *Del viaje al Hartz*, y estos dos versos dicen allí:

«Ven conmigo á mi palacio,
Á mi alcázar cristalino.»

Infinitamente dichoso es el sentimiento que se experimenta, cuando corren parejas el mundo de la realidad y el de nuestra fantasía, y verdes árboles, pensamientos, canto de aves, melancolía, azul de cielo, recuerdos y aroma de plantas se combinan en agradable arabesco. Las mujeres son las que mejor este sentimiento conocen y por eso quizá flota en sus labios una sonrisa tan afectuosamente incrédula, cuando nosotros con escolástico orgullo celebramos nuestros hechos lógicos, que tan lindamente hemos dividido en objetivos y subjetivos como si consideráramos nuestra cabeza como una botica con miles de cajoncillos, en uno de los cuales se encierra la inteligencia, en otro el entendimiento, en un tercero el buen sentido, en el cuarto el malo, y en el quinto..... nada, es decir, la idea.

Como caminaba soñando, apenas reparé en que abandonábamos la profundidad del valle del Ilse y volvíamos á trepar al monte, que se iba haciendo tan pendiente y penoso, que algunos de nosotros estábamos ya sin aliento; pero como nuestro difunto primo, sepultado en Mölln, pensamos de antemano en la bajada, y nos pusimos de mejor talante. Por fin llegamos á la cima de Ilsenstein.

Es ésta una enorme roca granítica que se eleva alta y atrevidamente desde el abismo. Tres de sus lados están rodeados de altas montañas cubiertas de bosques, el cuarto, el lado Norte, está libre, y desde él se ve abajo á Ilsenburgo (1) y el Ilse, que desciende á lo lejos hasta

(1) Población del Ilse, como si dijéramos el *Burgo de Ilse*,

la llanura. En la cumbre de la roca, que parece la plataforma de una torre, se eleva una gran cruz de hierro, y en caso de necesidad, aún queda trecho para cuatro pies humanos.

Como la Naturaleza ha adornado á Ilsenstein con fantásticos atractivos, mediante su situación y su forma, también la leyenda ha derramado sobre ella su rosada luz. Refiere Gottschalk: «Cuéntase que existía en este punto un castillo encantado, en el cual vivía la rica y bella princesa Ilse que, aun hoy día, se baña todas las mañanas en el arroyo de su nombre, y el que es bastante afortunado para llegar en el momento oportuno, es conducido por ella á la roca, do está su castillo, y regiamente recompensado.» Otros hablan de los amores de la señorita Ilse y del caballero de Westenberg, linda historia que ha cantado en la *Gaceta de la tarde* (1) uno de nuestros más conocidos poetas románticos.

Otros cuentan á su vez, que fué sin duda el antiguo emperador sajón Enrique, el que pasó al lado de Ilse, la bella hada de las aguas, las horas más imperiales en su encantado castillo roquero. Un nuevo escritor, el ilustre Niemann, que ha escrito un libro de viaje al Hartz, en el cual determina, con loable diligencia y cifras exactas, la altura de los montes, las variaciones de la aguja imantada, las deudas de las ciudades y otros datos ana-

sólo que en alemán á veces significa castillo prescindiendo del pueblo fundado á su amparo.

(1) *Abendzeitung*, periódico.

logos, afirma no obstante: «Que cuanto se cuenta de la bella princesa Ilse pertenece al dominio de la fábula.»

Así habla toda esa gente á quien nunca se le ha aparecido semejante princesa, pero nosotros, que somos singularmente protegidos por las bellas damas, sabemos mucho más en este punto, y también el emperador Enrique lo sabía.

No en vano eran los antiguos emperadores sajones tan aficionados á su patrio Hartz. Hojéese sólo la linda crónica de Lüneburgo, donde estos buenos y antiguos señores están retratados en admirables y fidelísimos grabados en madera, armados de punta en blanco, sobre sus encapazonados corceles de guerra, con la sagrada corona imperial en la cabeza querida, cetro y espada en sus seguras manos; y sobre sus amables y barbudos rostros puede claramente leerse, con cuánta frecuencia habrán suspirado por el dulce corazón de sus princesas del Hartz y por el murmullo familiar de sus bosques, cuando se hallaban en el extranjero, aun en Italia, rica en limones y venenos, adonde él y sus secuaces eran tantas veces arrastrados por el deseo de llamarse emperadores romanos, manía de títulos exclusivamente alemana, que ha arruinado á imperio y emperador (1).

Pero yo aconsejo al que se encuentre en la cumbre de Ilsenstein, que no piense en emperador, imperio ni bella Ilse, sino únicamente en sus pies; porque cuando yo estuve allí, con la mente extraviada, oí de pronto la subte-

(1) Bien nos la hizo deplorar Carlos I.